



ENZO
Y LA BRUJA
DEL TIEMPO

ALBERTO PORTA


UNARIA
EDICIONES

Primera edición: marzo 2019

Textos

Alberto Porta

Diseño

Akane Studio

Edita

Unaria ediciones

www.unariaediciones.com

hola@unariaediciones.com

ISBN

978-84-949601-5-4

Depósito legal

CS 270-2019

© De los textos: sus autores

© De las imágenes: sus autores

© De esta edición: Unaria ediciones

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

A Amelia, por esos cinco minutos compartidos en el ENDEI que unirían nuestros caminos años más tarde; por haberse convertido en la madrina ideal para Enzo.

A Rosario Raro, por ayudarme a encauzar esta aventura y por encarnarse, sin premeditarlo, en mi maestra Ridda. Jamás olvidaré ese encuentro fortuito entre inciensos y velas cuando buscaba inspiración.

A Sergio, por ser el primero en disfrutar de un amanecer en el Valle del Sol. A Celeste, Mireia, Andrea y María por aguantar mis teorías sobre los viajes en el tiempo. A Raúl por dar forma sobre un lienzo a los vawi y a los nanuhki.

A mi familia por darme ánimos para seguir escribiendo y a todos mis lectores por pedirme nuevas historias que contar.

ENZO Y LA BRUJA DEL TIEMPO

ALBERTO PORTA

*¿Nunca has pensado que, así como hay
oscuridad alrededor de la luz, también
hay peligro alrededor del poder?*
URSULA K. LE GUIN, *Un mago de Terramar*



1

El hijo del bosque

El amanecer era frío y tranquilo en el valle. El sol emergía del horizonte y, en silencio, despertaba a los habitantes de la comarca. Solo la brisa del viento tenía la potestad de otorgar musicalidad al inicio de un nuevo día; mecía las copas de los árboles, alentaba el vuelo de aves e insectos y también acariciaba la hierba alta de la planicie donde descansaba un ganadero y sus ovejas. Enzo pastaba de madrugada cuando ninguno de sus hermanos y vecinos se había despedido aún del sueño. Hacía un año que ya no tenía la obligación de trabajar en la granja y, sin embargo, le era impensable renunciar a su vida como pastor.

Su destino cambió cuando la bruja del Valle del Sol, a la que pocos tenían el valor de llamar por su nombre, acudió una mañana al hogar de Enzo. Por aquel entonces, él tenía quince años. Sus padres aceptaron aquella visita como un golpe de buena suerte, sus seis hermanos presenciaron la reunión, sorprendidos y orgullosos, y Enzo, que ignoraba qué sucedía,

escuchó decir a la bruja: «Su pequeño Enzo es un hijo del bosque, así me lo han anunciado los wawi a través de los vientos del más allá. A partir de ahora renegará de sus obligaciones en la granja para dar comienzo a su educación como mago».

No existía trabajo más prestigioso que el de escuchar las voces del bosque por lo que nadie en la familia se planteó siquiera desaprobando la noticia. Habían transcurrido doce meses de aquello y el muchacho todavía se sentía unido a sus ovejas que, en ese momento, dejaron de comer al advertir a un hombre adulto descendiendo por la montaña. Una vez le reconocieron agacharon de nuevo sus cabezas. Enzo se volvió y alzó la mano.

—Buenos días, papá.

—Buenos —saludó el adulto—. ¿Has desayunado?

Zandem, el padre de Enzo, era un hombre muy alto y fuerte. Todavía era joven y eso le permitía llevar las riendas de su hacienda. El color castaño de sus cabellos y ojos lo había heredado su hijo, aunque no sus facciones.

—No he tenido tiempo —masculló.

—Toma —Zandem le dio un macuto que sostenía en un hombro—. Tu madre imaginaba que te habrías ido corriendo y te ha dejado algo para que comas.

Enzo se colgó la mochila y comprobó su contenido.

—Gracias —dijo mientras daba un bocado a una porción de pan.

—Ya puedes marcharte a casa de la bruja. Yo me quedo con el ganado.

—Intentaré volver pronto para ayudaros con la recolecta —propuso antes de emprender el camino.

Pero su padre negó con la cabeza y le cogió de los hombros.

—Tómate tu tiempo —le sugirió—. Sabes que, para nosotros, tu educación es lo primero.

Pero Enzo se sentía igual de culpable. A fin de cuentas, cuando él volvía a casa ya estaba todo el trabajo hecho, la

mesa puesta y su alcoba ordenada. Sabía que su familia era capaz de suplir su ayuda en la granja, pero, aun así, se sentía un lastre.

—Trabaja duro para convertirte en el mejor mago de Salvia —dijo con el fin de motivarle.

Llegar a ser el mejor del mundo eran palabras mayores —pensó Enzo—, le dio las gracias de igual manera y se despidió con un abrazo. Con el macuto colgado al hombro y el estómago lleno, el aprendiz de mago salió corriendo hacia la montaña. Comenzaba un nuevo amanecer en el Valle del Sol.

2

Ser un nanuhki



La bruja moraba en el interior del bosque, justo en la frontera que dividía la zona habitable de la inexplorada y salvaje. Pocos se atrevían a sobrepasar aquel límite y quien lo hacía nunca volvía para contarlo. La pequeña y maltrecha casa se encontraba en un estado muy peculiar: ninguna teja casaba con la otra y las paredes estaban conformadas por diferentes materiales, algunos demasiado débiles como para soportar un vendaval. Pese a todo, aquel lugar transmitía un sosiego que ningún rincón del valle era capaz de igualar.

Enzo llamó dos veces para hacerse oír.

—Adelante —respondió una voz femenina desde el interior.

Abrió la puerta con cuidado y la cerró con mayor delicadeza aún. Al entrar inmediatamente le golpeó un fuerte aroma a incienso al que jamás se acostumbraría.

—Algún día se ahogará con este olor —saludó el aprendiz.

—Encenderé más si no te sientas ahora mismo —respondió tajante, sin tan siquiera volverse.

Con una sonrisa dibujada en su rostro, Enzo dejó caer el macuto sobre la mesa y se sentó a esperar a que su maestra terminara sus quehaceres.

—¿Todavía no ha vuelto Coelhe de su viaje? —preguntó ella mientras tanto.

—Aún no. Se marchó hace casi dos semanas a La Lejanía y todavía no tengo noticias de ella. Los amaneceres son tristes sin su presencia.

—Esa chica te llevará por mal camino —opinó su maestra—. No sabe comportarse como una nanuhki.

Enzo abrió la boca para preguntar, pero se arrepintió en el último momento. Su mudez extrañó tanto a la bruja que se volvió para mirarle.

—¿Algo que añadir?

—Preferiría quedarme en silencio —vaciló él.

—Pues yo prefiero tener un aprendiz curioso e impertinente que uno ignorante. Haz el favor de compartir conmigo tu duda —le pidió ella mientras se sentaba sobre la mesa.

Enzo se mordió el labio inferior.

—Desconozco cómo ha de comportarse un nanuhki. ¿Es que hay algún protocolo escrito?

La bruja cogió un pergamino, lo enrolló y le golpeó en la cabeza.

—¡Serás tonto! ¿Qué clase de pregunta es esa? Las costumbres no se enseñan, se aprenden con el fin de formar parte de una comunidad. Los nanuhki tenemos una cultura ancestral y una lengua propia, eso nos hace diferentes. Cuando digo que Coelhe no sabe comportarse como una nanuhki —prosiguió—, me refiero a que es una chica que ha interiorizado muy poco nuestras tradiciones y, por tanto, es incapaz de socializar dentro de su tribu.

Enzo levantó los brazos para protegerse la cabeza pues todavía tenía preguntas que hacer:

—Entonces, ¿no debería ser su amigo porque ella es menos nanuhki que yo?

Esta vez el pergamino se quedó sobre la mesa.

—Si bien Coelhe es nanuhki de sangre, no lo es espiritualmente. Ella se asemeja más a la gente de La Lejanía, ¿comprendes lo que quiero decir?

La curiosidad del aprendiz fue convirtiéndose en preocupación. Enzo ignoraba las culturas más allá de la suya pues jamás había salido del Valle del Sol. Aun así, conocía de sobra que si un nanuhki intimaba con un foráneo podía ser castigado con el exilio.

—¿Y no hay manera de que podamos ayudarla para que sepa comportarse de una forma más parecida a los demás?

—Nadie puede obligarla —respondió ella encogiéndose de hombros—. Decida lo que decida, rezaremos a los vawi para que en el futuro encuentre su destino.

La bruja dio por zanjada la conversación y comenzó la clase. Sin embargo, Enzo estaba tan desanimado que no atendía a las enseñanzas. No podía imaginarse una vida sin tener a su mejor amiga cerca.

—¿Qué tiene La Lejanía que atrae tanto a Coelhe? —Preguntó en voz alta interrumpiendo la lección. La bruja, molesta, se dejó caer en la silla.

—No es momento.

—¡Pero necesito saberlo! —respondió desesperado—. Usted siempre me dice que comparta todas mis dudas.

—Preguntas en vano, yo sé qué conocimientos te resultarán útiles y cuáles no.

—Pero el saber no ocupa lugar —protestó él.

La maestra no pudo reprimir una sonrisa pues eran sus propias palabras las que escuchaba salir de los labios de su pupilo. Después de todo, parecía que Enzo absorbía sus enseñanzas.

—El saber no ocupa lugar, pero sí tiempo —añadió ella—. Lo que ansías averiguar ahora solo retrasará tu aprendizaje básico. Algún día te contaré todo lo que quieras saber sobre La Lejanía, pero no será hoy.

El hijo del bosque no tuvo más remedio que aceptar la derrota y esperar a que el ocaso anunciara el final de la clase. La noche le sorprendió cuando todavía no había alcanzado su granja. Ni si quiera veía el final de la arboleda. Aceleró la marcha, pero las tinieblas eran tan intensas que no vislumbraba los obstáculos a tiempo. Tropezó en varias ocasiones y se hizo unos cuantos rasguños, pero, a pesar de eso, no se detuvo.

El miedo se transformó en pánico cuando escuchó que alguien le seguía. Aumentó su paso mientras trazaba un plan para poder defenderse de su agresor. No llevaba encima ningún arma mágica pues, según su maestra, en el Valle del Sol nunca sucedían problemas. Incluso aunque la hubiera tenido apenas conocía hechizos para despojarse de sus temores.

—No corras, pequeño —dijo una misteriosa voz.

—¿Quién eres? ¡No me hagas daño! —suplicó.

Entonces una figura humana se mostró frente a él. La oscuridad ocultaba su rostro por completo, pero por su silueta adivinó que se trataba de una mujer.

—No me tengas miedo, solo quería verte.

Enzo, incapaz de controlar su respiración, no supo qué responder.

—Me disculpo por acecharte en plena noche, pero vengo a advertirte de un peligro —prosiguió ella—. Se acerca una niebla, espesa, aunque invisible a nuestros ojos, que debes evitar a toda costa.

El aprendiz de mago quería atender a sus palabras, pero la identidad de la mujer le preocupaba más pues todo el mundo en el Valle del Sol se conocía.

—Quisiera servirte de más ayuda, pero debes comprender que solo tú decides tu futuro —añadió ella mientras se volvía dispuesta a camuflarse entre la maleza.

Fue entonces cuando Enzo alargó su mano queriendo retenerla desde la distancia.

—Háblame de esa niebla, por favor —le pidió.

Pero la oscuridad acabó por engullirla.

—Yo soy el comienzo de ella —respondió segundos después.

El aprendiz de mago se volvió hacia todos los lados . Allí no había nadie salvo él y su miedo. No se replanteó siquiera buscarla. Cogió aire y marchó corriendo rumbo a las granjas.